

Nicolas Dickner

Apocalipsis para principiantes

Traducción del francés de
Luisa Feliu

 Siruela

Nuevos Tiempos

The future ain't what it used to be.

YOGI BERRA

Para Z y G

1. Vaporizados

Agosto de 1989. Ronald Reagan había abandonado la Casa Blanca, la guerra fría estaba en las últimas y (una vez más) habían cerrado la piscina municipal al aire libre. Motivo de la contrariedad: rotura de tuberías.

Rivière-du-Loup estaba inmerso en una neblina caldosa –un aire amarillento, saturado de polen– y yo vagaba por el barrio, malhumorado, con la toalla de baño al cuello. Faltaban tres días para que empezara el curso y solo unos largos en el agua clorada hubieran podido levantarme el ánimo.

Me encontré de pronto ante el estadio municipal. Nadie a la vista. Acababan de marcar las líneas del campo de béisbol y en el aire todavía flotaba un aroma a cal. El béisbol me era indiferente, pero, sin razón precisa, me encantaban los estadios. Pasé junto a la caseta de los jugadores, cerca de la cual había tirado un periódico atrasado descolorido por el sol. Forzando un poco, podía reconocerse una columna de tanques de combate en la plaza Tiananmen.

Entonces me fijé en la chica sentada allá arriba, en la última fila de las gradas, con la nariz metida en un libro y con aspecto de estar matando el rato antes del próximo partido.

Sin pensármelo demasiado, subí por las gradas hacia ella.

No la había visto nunca por el barrio. Era delgada, tenía las manos angulosas y la cara salpicada de pecas. Llevaba puesta una gorra de los Mets de Nueva York (la visera le tapaba los ojos) y unos vaqueros con un agujero en la rodilla izquierda –no una de esas prendas de última moda lavadas con ácido, sino un pantalón de trabajo de corte primitivo, un viejo Levi's rescatado de una mina de carbón del desierto de Nuevo México–.

Apoyada en la barandilla, leía un método de idiomas: *Aprenda ruso en casa: tomo 13*.

Me senté sin decir palabra. Ella ni se inmutó.

La madera recalentada nos abrasaba las nalgas. El sol pegaba decididamente fuerte y, de no ser por el temor al ridículo, habría improvisado un turbante con la toalla. Levanté la mirada al cielo. En lo alto de la atmósfera, un 747 marcaba largos cirros rectilíneos. Tiempo seco en perspectiva.

Me disponía a decir cualquier banalidad meteorológica cuando la chica se enderezó la visera de la gorra.

–La noche pasada soñé con la bomba de Hiroshima.

Transcurrieron unos segundos, durante los cuales medité aquella peculiar entrada en materia.

–¿Por qué con la bomba de Hiroshima en particular?

Cruzó los brazos.

–La potencia de las bombas modernas supera la imaginación. Coge un misil balístico corriente, de unos quinientos kilotones. La explosión podría catapultar un pedazo de placa tectónica y ponerlo en órbita. El cerebro humano no puede entender algo así.

¿De dónde salía aquella chica? Tenía un acento difícil de identificar. Inglés, francés acadiano o quizá brayon¹. Aposté por Edmundston. Recogió un envoltorio de Cracker Jack prendido entre dos tablas y empezó a hacerlo confeti.

–Little Boy pesaba unos quince kilotones. No era lo que se dice un petardo, pero por lo menos resultaba más fácil de medir. Si explotara encima de nosotros, a unos seiscientos metros de altura (como en Hiroshima), la onda expansiva arrasaría la ciudad en un radio de kilómetro y medio. Lo que da una superficie de unos siete kilómetros cuadrados. Que equivalen a... –Guiñó los ojos, absorta en una prodigiosa división mental– dos mil quinientos campos de béisbol.

Dejó de hacer trizas el envoltorio de Cracker Jack durante un instante para englobar los alrededores con un elegante gesto pedagógico.

–La galería comercial volaría en pedazos, los *bungalows*² explotarían, los coches saldrían proyectados como cajas de cartón, las farolas caerían al suelo. Y eso *solo* sería la onda de choque. Luego viene la radiación térmica. Todo quedaría hecho cenizas

¹ Dialecto hablado por los habitantes del condado canadiense de Madawaska, llamados también *brayons*, cuya capital es Edmundston. (*N. de la T.*)

² En Quebec, un *bungalow* no es una vivienda exótica, sino una casa unifamiliar que consta de una planta y un semisótano habitable, edificada en los años cincuenta y sesenta, en general sin plano de arquitecto y situada en los barrios periféricos de las ciudades. (*N. de la T.*)

en decenas de kilómetros cuadrados (¡muchos, muchísimos campos de béisbol!). Cerca de la bomba, el calor sería superior a la temperatura de la superficie del Sol. El metal se fundiría. La arena formaría diminutas canicas de cristal.

Había terminado con la operación de triturado y sopesaba el montón de confeti en la palma de la mano.

—Y ¿sabes qué nos ocurriría a *nosotros*, dos pobres y minúsculos primates compuestos por agua en un sesenta por ciento?

Volteó la mano con suavidad y la brisa se llevó el puñado de confeti en dirección al campo izquierdo.

—Quedaríamos vaporizados en tres milésimas de segundo.

Se volvió por fin hacia mí y me examinó con ojos escrutadores, sin duda para valorar cómo iba encajando yo aquella entrada en materia. Bastante bien, a fin de cuentas. Su mirada me concedía el aprobado.

Se le relajó la cara. Esbozó una sonrisa amistosa y, sin mediar palabra, se sumergió de nuevo en el método de ruso.

Un tanto maltrecho por la onda de choque, me dejé caer contra la barandilla. Mientras me secaba el sudor de la frente con la punta de la toalla, observé furtivamente a la chica. Hubiese jurado que se desprendía de ella un campo magnético: la radiación emitida por sus ciento noventa y cinco puntos de coeficiente intelectual.

No solo nunca había visto a aquella chica, sino que, además, nunca antes había visto a una chica de su estilo; y en el preciso instante en que lo pensaba, estuve absolutamente seguro de una cosa: si tenía que resultar vaporizado junto a alguien, que fuera junto a ella.

2. La tienda de mascotas

Se llamaba Hope Randall y acababa de llegar de Yarmouth, Nueva Escocia.

—¿Ves dónde es?

Con el índice, dibujó en el aire un mapa de Nueva Escocia y situó un punto minúsculo completamente al sur de la península, frente a Maine: a mil doscientos kilómetros.

–Ni idea.

–No importa.

Su madre y ella, que habían llegado a la ciudad tres días antes, se habían instalado en la calle Amyot, en un piso embutido entre la lavandería Clean-O-Matic y las cocinas del restaurante Chinese Garden. Dos insignes templos de la salubridad local.

Dio unas cuantas vueltas a la llave en la cerradura y una patada a la puerta.

–¡Bienvenido a la Tienda de Mascotas Randall!

Vaya, de pronto me acordé: aquel lugar era una antigua tienda de mascotas –El Arca de Noé (sic)–, cerrada desde el invierno anterior y transformada en vivienda (medianamente) habitable. En el entarimado todavía se adivinaban zonas oscuras allí donde habían estado el mostrador, los estantes y los acuarios. Un olor a frito asiático flotaba por todas partes opresivo, aunque no conseguía enmascarar el olor a excrementos de periquito, orina de chinchilla y pienso para gatos.

El mobiliario (incluido en el alquiler) se limitaba a una mesa coja, cuatro sillas, unos cuantos electrodomésticos abollados y un sofá que, al no haber televisión, era la imagen misma de la inutilidad.

Hope afirmaba haber llegado hacía menos de setenta y dos horas, pero en todos los rincones se apilaban inverosímiles cantidades de comida: sacos de harina, bolsas de fideos *ramen*³, garrafas de agua y de aceite, latas de conserva de todo tipo. De hecho, el único objeto no comestible en los alrededores era una pila de *Aprenda ruso en casa* (tomos 8, 14 y 17), sobre la cual Hope dejó con cuidado el tomo que había estado leyendo en el estadio municipal.

–¿Tienes sed?

Asentí con la cabeza. Mientras me servía un vaso de agua, recorrí la tienda de mascotas con la mirada en busca de habitaciones contiguas. No había ninguna, excepto un cuarto de baño curiosamente espacioso, sin duda lo que había sido el Refugio de

³ Fideos japoneses para sopa. Se venden como comida instantánea en bolsas en casi todo el mundo, solos o con sus condimentos, y basta añadirles agua hirviendo. (*N. de la T.*)

los Reptiles. ¿Dónde dormían ellas entonces? Anticipándose a mi pregunta, Hope señaló el sofá.

–Se abre. Yo duermo en el baño, con la puerta cerrada. No hay modo de pegar ojo a menos de tres metros de mi madre.

–¿Ronca?

–No, habla en sueños.

–¿Ah? –Bebí un sorbo de agua. Inquietante sabor metálico–. Y ¿qué cosas dice?

Con cara de hastío, Hope empezó a morderse la uña del pulgar.

–Ni idea. Cosas en asirio.

–¿En asirio?

–En asirio o en arameo, vete a saber. No tengo ni idea de lenguas muertas.

De un mordisco, arrancó un pequeño fragmento de uña que escupió al vacío.

–Procedo de una familia políglota.

–Se nota –dije señalando con el pie los manuales de ruso.

–Había empezado también alemán, pero tuve que abandonar los libros en Yarmouth. No cabían en el coche.

–¿«Abandonar»?

–Sí. Nos fuimos de noche porque... –Suspiró–. Bueno. Más vale empezar por el principio.

3. Los Randall

Mary Hope Juliet Randall, llamada Hope, era la representante más joven de una familia que, desde una época por definir –pero que algunos situaban siete generaciones atrás–, padecía una grave obsesión por el fin del mundo.

Los Randin, una familia de origen vagamente acadiano, habían sido deportados por los británicos en 1755. Catapultados a Maryland, adoptaron allí el apellido Randall, sin por ello dejarse asimilar, y regresaron a Nueva Escocia, donde dedicaron los siguientes decenios a ocupar de manera ilegal parcelas de ingrata turba.

Podría pensarse que la obsesión familiar por el fin del mundo se remontaba a aquel trauma geopolítico. ¿Acaso no era normal,

e incluso inevitable, que un linaje de agricultores deportados experimentase cierta sensibilidad relacionada con las aglomeraciones urbanas, las grandes catástrofes y el curso normal de la historia? No obstante, esta teoría no lograba el consenso, y algunos especialistas en genealogía sostenían preferentemente la hipótesis de una enfermedad congénita desarrollada a fuerza de uniones consanguíneas (los Randall eran muy caseros).

Lo cierto era que los mismos síntomas se repetían de una generación a otra con precisión coreográfica: al alcanzar la pubertad, cada uno de los Randall era sobrenaturalmente instruido hasta el más mínimo detalle sobre el fin del mundo: fecha, hora y naturaleza de este.

Por regla general, esa visión tenía lugar de noche. Por otra parte, no se trataba verdaderamente de una visión, lo que hubiera podido pasar por una simple pesadilla. No, los Randall sintonizaban el apocalipsis en tres dimensiones. Sentían en la epidermis el crepitar de la lluvia y la quemadura de la metralla, se asfixiaban en los incendios, se les llenaba la boca de sabor a ceniza, oían los alaridos y olían la pestilencia de los cadáveres en descomposición.

Los Randall llamaban a ese fenómeno la «Revelación Nocturna», la «Luz», la «Predicción» o, más frecuentemente, el «Mal Rato».

A cada Randall se le revelaba una fecha distinta, lo que complicaba de modo considerable la tarea de que se los tomara en serio. Además, cuando un Randall sobrevivía a su fin del mundo, manifestaba un repentino desequilibrio mental y la tendencia a deteriorar la propiedad pública. En general, la historia acababa en el manicomio, o en lo que hiciera las veces de este.

El árbol genealógico de los Randall hubiese podido servir para enseñar la historia de la psiquiatría en Norteamérica durante los últimos ciento cincuenta años, desde la ducha fría hasta el cierre de las instituciones, pasando por la lobotomía, la terapia ocupacional, la camisa de fuerza y el litio.

Caso n.º 1: Harry Randall Truman, el patriarca, perdió la cabeza durante el otoño de 1835, poco después del paso del cometa Halley. Anunció el retorno de Moisés a bordo de un ballenero incandescente y, a continuación, incendió el granero del pastor

pentecostal. Los vecinos lo cogieron, lo ataron y lo enviaron al Halifax Mental Asylum, donde terminó sus días en el ala de pirómanos y demás psicópatas.

Caso n.º 37: Gary Randall se recluyó durante quince años en una cabaña de contrachapado, desde cuya ventana daba la bienvenida a los (escasísimos) psicoterapeutas con ráfagas del calibre 12. Lo encontraron firmemente asido a su fusil una mañana en la que la temperatura bajó a cuarenta grados bajo cero. Rígido, azul y completamente liberado de su obsesión.

Caso n.º 53: Henry Randall Jr., abuelo de Hope y contemporáneo de la crisis económica, fue más constructivo. Canalizó su angustia a través de la fundación de la Iglesia Minoritarianista Reformada del Séptimo Rumiante, una secta supuestamente cristiana que anunciaba el fin del mundo para el 12 de junio de 1977. Una forma ni más ni menos malsana que otra de pasar el rato. La Iglesia existió hasta dicha fecha, tras la cual Henry se suicidó tragándose un puñado de clavos de chilla.

Y lo mismo les ocurrió a Gary Randall, Harry Randall, Harriet Randall, Hanna Randall, Henry Randall, Randolph Randall, Handy Randall, Hans Randall, Hank Randall, Annabel Randall, Henryette Randall, Hattie Randall y además Pattie Randall, mientras los días se sucedían imperturbables y el planeta seguía girando como una broma pesada.

4. Exclusivamente accidental

Ann Randall nació en Yarmouth en marzo de 1954, el mismo día en que los estadounidenses probaban una nueva bomba de hidrógeno en las Islas Marshall.

Adolescente reservada y de una belleza tan espectacular como precoz, demostró dotes prodigiosas para el aprendizaje de idiomas: a los diez años ya dominaba el inglés y el francés, y aprendía latín con una vieja Vulgata que robó en la sacristía de la iglesia –un hurto pedagógico que el cura fingió ignorar–.

Vivió una infancia solitaria, entre un padre acaparado por la presidencia de la Iglesia Minoritarianista Reformada del Séptimo Rumiante y una madre lunática, a la que, además, perdió durante

el verano de sus doce años. Agotada por la espera de una tormenta de fuego que no llegaba, la pobre mujer ingirió todo lo que contenía el botiquín de la familia: píldoras, jarabes y tiritas. Una vez terminado el lavado de estómago, la enviaron al servicio de urgencias psiquiátricas de Halifax, de donde nunca regresó.

El 1 de septiembre de 1966 al amanecer, tras dos días de retortijones y jaqueca y todavía conmocionada por el internamiento de su madre, Ann Randall se despertó bañada en sudor y con las sábanas pegadas al cuerpo. Frente a Yarmouth, mar adentro, tronaba una tormenta.

En adelante, Ann sabría –y no volvería a olvidarlo ni un instante– que el fin del mundo llegaría durante el verano de 1989.

El carácter incompleto de la visión le llamó la atención enseguida. ¿Durante el verano de 1989? ¿Nada más? Sus primos, sin embargo, le habían asegurado que no solo recibiría la fecha precisa del fin del mundo (incluso la hora y el minuto exactos), sino que también captaría imágenes detalladas, sensaciones táctiles y olores. Le habían prometido una revelación en cinemascopio y resulta que solo recibía una diapositiva borrosa con un encuadre deficiente.

Se sentó en la cama y se dio cuenta de que acababa de producirse otro acontecimiento –un acontecimiento húmedo, viscoso y definitivo–. Deslizó la mano entre los muslos y retiró tres dedos manchados de una sangre oscura. Ya estaba: su Mal Rato se había consumado.

Siguió acudiendo a la escuela unos años más y sacando buenas notas, pero en el duodécimo curso dejó los estudios sin razón precisa. Por otra parte, nadie le pidió ninguna. Encontró trabajo en la biblioteca municipal (unas pocas estanterías instaladas en los sótanos del ayuntamiento), donde clasificaba los libros y mejoraba su nivel de latín.

A los dieciocho años, Ann tuvo una brevísima aventura con un secretario judicial y se quedó embarazada. Se trataba, por supuesto, de un accidente. Los Randall procreaban exclusivamente de forma accidental. Las circunstancias de aquel episodio nocturno eran bastante confusas, pero la leyenda local murmuraba que la *cosa* se había perpetrado después del cierre, en la sección de libros infantiles. Las malas lenguas sugerían que Ann se lo había buscado.

El secretario judicial, buen padre de familia y ciudadano respetado, se mantuvo oculto dejando que Ann se las arreglara sola con la opinión pública y con la minúscula copia de su código genético.

El embarazo hizo saltar una hilera completa de fusibles en el cerebro de Ann Randall, que se vio inmediatamente aquejada de ataques de angustia apocalíptica e incontrolables antojos. Dedicó, por ejemplo, la mitad del presupuesto anual de la biblioteca a la adquisición de una extravagante colección de textos de la Antigüedad: biblias en arameo, hebreo y griego, un facsímil de los Manuscritos del Mar Muerto, la Epopeya de Gilgamesh, el Enuma Elish y el Libro de los Muertos. No volvió a casa y se pasaba las noches en el sótano del ayuntamiento estudiando las lenguas muertas de Mesopotamia y comiendo *ramen*.

Al cabo de unos días, agotada, quiso acabar con su vida ingiriendo un tubo de aspirinas, intento que le provocó un violento cólico hepático. En el hospital comprobaron la intoxicación, los ataques de psicosis y la existencia del feto. Tres diagnósticos por el precio de uno.

La enviaron al ginecólogo, que la mandó a un asistente social, que le hizo ver a un psicólogo, el cual la transfirió al psiquiatra y, al final, regresó a casa con una receta consistente: doscientos cincuenta miligramos de clozapina todas las mañanas en el zumo de naranja y un comprimido de doxilamina contra las náuseas.

Los episodios psicóticos desaparecieron y Ann se reincorporó a su trabajo en la biblioteca. Todo parecía estar bajo control. Flotaba en un estado de euforia, se le redondeaba la cintura, clasificaba libros y sellaba carnés. Hope vino al mundo a través de aquella niebla de medicaciones, con tres semanas de adelanto (decididamente, la puntualidad estaba en vías de desaparecer en la familia Randall).

El abuelo Henry, a quien pidieron ayuda, se presentó en la guardería de la maternidad. Permaneció allí el tiempo justo para echarle un vistazo al bebé y declarar que se llamaría Mary Hope Juliet.

Mary Hope Juliet, depositada sin contemplaciones en un nido de cuco.